

Que el sexo abunda de excepciones bellas,  
 A cada instante desmintiendo al viejo:  
 ¡Ojalá, oh Flora, fueras tú una de ellas!  
 A tal cabeza es fuerza correspondía  
 La oreja del Esopo (1) atrabiliario  
 Que, cuando te metiste á sabijonda,  
 Tomaste por cortejo literario,  
 Quien de un tordo ó de un ganso en compañía,  
 No sé si por instinto, ó por capricho  
 De abonar el refrán de *Dios los cria*,  
 Glorioso se despierta cada día  
 A decir mal lo que otros bien han dicho:  
 Que criado entre libros, embutido  
 En libros, y de libros mantenido,  
 Se tiene por un crítico severo,  
 Como lo es cualquier mozo de librero.  
 A sus fábulas llama originales:  
 Bien hecho; que si no, dirán los bobos  
 Que le ha robado á La-Fonten (2) las sales,  
 A Pedro las raposas y los lobos,  
 Y al fabulista griego las morales.  
 Pero eso ya es hacer juicios perversos:  
 Dile, Flora, que en ello no se meta,  
 Pues todo el mundo dice, al ver sus versos:  
 «Esto no es cosa de ningún poeta.»  
 Pero ¡cómo sin cuernos la cabeza  
 De un diablo? quejaránse los pintores.  
 No lo permitas, niña, que á las flores  
 En tu inconstante seno producidas,  
 Regadas con tus lágrimas fingidas,  
 Y ventiladas por tus ayes tiernos,  
 El fruto luégo ¡cáspital son cuern.....  
 Prosigo mi labor..... pero ¡qué digo?  
 ¡Fatal mujer! ¡siempre ha de ser mi suerte  
 Perder el seso y delirar contigo?  
 Trabajar sin materia es cosa fuerte;  
 Pues aunque más me presten tus amantes  
 Mamarrachos bastantes  
 Para treinta retablos,  
 Y colocar una legión de diablos,  
 Si este pequeño, que á tus piés dedico,  
 Ha de ser tricolor, gracioso y rico,  
 ¿Dónde hallaré materia para ello?  
 ¡Adónde el azabache oscuro y bello,  
 El marfil blanco y los granates rojos?.....  
 En tí, Florita, en esos negros ojos,  
 Púrpura boca, alabastrino cuello.  
 Mas ¡ay! que si le doy en abundancia  
 Las prendas que en tí lucen, mientras hablo,  
 Le pegará las alas tu inconstancia,  
 Y se me escapará mi pobre-diablo.

## V.

## LA FÁBULA DE LAS FÁBULAS.

## Advertencia.

En unos años en que reinaba en la corte una plaga de fábulas (como la pudiera haber de tercianas), satirizaron al autor en una de ellas, haciendo decir mil disparates á un pobre *Alano* y un *Perdiguero*, introducidos á conversacion con Apolo por uno que se firmaba *Roman de Pinos*. En respuesta se hizo la siguiente, que restañó el flujo de fabulizar que atormentaba al crítico, con sumo gusto de Madrid, y para sosiego del arca de Noé, de donde hacia la requisicion de alimañas para interlocutores de sus fábulas.

(1) Este Esopo debe ser el autor de la fábula satírica con que atacaron al nuestro en el *Diario de Madrid*, de quien se defiende en la composicion anterior y en la presente: sucedia esta competencia literaria en 1798. Todas las de esta naturaleza no se deben considerar sino como esgrimas de ingenio, que estimulan el amor propio sin herir á fondo la verdadera estimacion de los autores.

(2) La Fontaine.

## FÁBULA.

## LA RAPOSA Y LOS PERROS DE ROMAN.

Fiero tropel de coces y patadas,  
 Y de galopes dura trapisonada,  
 Dejaba estremecidas y atronadas  
 Las comarcas del Pindo á la redonda;  
 Eran los animales, que á bandadas  
 Abandonaban las antiguas cuevas,  
 Corriendo á guarecerse en otras nuevas,  
 De un sátiro al furor más ignoradas.  
 De pánico terror sobrecogidas,  
 Las opuestas especies confundidas  
 (Que suele hacer amigos la desgracia),  
 Iba corriendo, igual en eficacia,  
 Junto al torvo leon el tigre fiero,  
 Y junto al lobo el tímido cordero.

En estas confusiones una Zorra,  
 Que iba tambien huyendo del fracaso,  
 Mas echó el guante á una gallina al paso,  
 Empezó á cavilar: «Ya que una corra,  
 A lo ménos sepamos nuestro daño;  
 No sea que el engaño  
 A perdicion me traiga,  
 Y por huir el mal, en el mal caiga.»  
 Dice, y revuelve los sagaces ojos;  
 Y entre unos pinos (¡San Roman me asista!)  
 Dos Perros se le ofrecen á la vista,  
 Mustios, caidos, magullados, cojos,  
 Y aullando en tiple á modo de cerrojos.  
 La Zorra, al arrostrar el caso horrendo,  
 Un salto dió hácia atrás; cuentan algunos  
 Que fué de compasion, y otros, más tunos,  
 Dicen que fué sintiendo  
 Que no fueran gazapos los tullidos,  
 A quienes interrumpe los aullidos.

Así la muy ladina,  
 Lamiéndose de plumas de gallina  
 El falso labio, meneando el hopo  
 (Que asimismito lo refiere Esopo),  
 «¿Quién os derrenga las robustas ancas,  
 Hermanos canes, con indigno trato,  
 A tí, Alano, á pesar de tus carlancas,  
 Y, Perdiguero, á tí con tanto olfato?  
 Mas si el dolor vuestra oratoria corta  
 Y no podeis contar vuestros apuros,  
 Vamos á lo que importa;  
 Decid: ¿dónde estaremos más seguros?»  
 Levantando el hocico de la tierra,  
 El Alano responde en lengua perra:  
 «Guay, guay de tí, Raposa, si no corres;  
 Que aunque cayeran sobre tí cien torres,  
 Fuera ménos que el mal que nos derrenga.  
 Guay, guarte que no venga

El sátiro que caza  
 Con una de las dos puertas de Gaza,  
 Que Sanson transportó sobre los lomos.  
 La máquina que á todos pone susto,  
 De que nosotros ya víctima somos,  
 Es un tablon de pino el más robusto,  
 Barreado de versos, como plomos,  
 Tachonado de ripios, como clavos,  
 Y pobres consonantes á los cabos,  
 Forzado cada cual con su cadena.  
 Este tablon, que él llama á boca llena  
*Fábula original*, con pobre orgullo,  
 Es quien nos tiene en un continuo aullo,  
 Pues lo dejó caer sobre nosotros,  
 Y allí embutidos como en duros potros,  
 Perdidos de dolor hasta el instinto;  
 Sugiriéndonos el tal laberinto  
 De vaciedades, y una prosa en rima  
 Tan áspera, tan ruda é importuna,  
 Que es más dulce tener la tos perruna.  
 Las fieras, con temor de que las halle  
 Y las derribe el *fabulario* encima,  
 Unas se arrojan de la cima al valle,  
 Otras del valle trepan á la cima.»  
 Mientras el derrengado se lamenta,  
 La sorda baraunda se acrecienta;  
 Tiembla la firme tierra, rebatida

Con tanto golpe de pezuña hendida:  
 Estallaban los duros alcornoques  
 De los fugaces ciervos á los chequeques,  
 Que topando con ellos ciegame, y  
 Desenramaban la frondosa frente;  
 Y en medio de esta broma  
 El fabulero cazador asoma,  
 El ancho y rudo fabulon alzado,  
 Y al que coge debajo lo desloma.  
 La Zorra, encaramada en un collado,  
 Apenas le ve, dice: «Toma, toma,  
 ¡El Sátiro no es éste que algun día  
 Se llamó en el Parnaso *Traga-libros*,  
 Y febo lo expulsó porque veía  
 Que los tragaba y no los digería?»  
 Cuando en virtud de la ferrada tabla  
 Se hallaron los cuadrúpedos con habla,  
 Y las primeras voces  
 Que llevaron los céfiro veloces,  
 Y los primeros ecos  
 Que revocaron los profundos huecos,  
 Gritaban á los mártires caninos:  
 «*Roman de Pinos*, guay, *Roman de Pinos*.»  
 Mientras clamaban todos, la Raposa  
 Se burla y pone piés en polvorosa.  
 De esta fábula, tú (ni yo tampoco),  
 Lector amigo, aunque te vuelvas loco,  
 Podrás sacar moralidad ninguna.  
 Por ella no se ve que la fortuna  
 Ayude al más valiente ó más cobarde;  
 Que debamos morir pronto ni tarde,  
 Ni cuáles de virtud son los caminos;  
 Sólo avisa al buen gusto que se guarde  
 De fabulones de *Roman de Pinos*.

## VI.

## FABULILLA (1).

## EL RUISEÑOR, EL CANARIO Y EL BUEY.

Junto á un negro buey cantaban  
 Un ruiseñor y un canario,  
 Y en lo gracioso y lo vario  
 Iguales los dos quedaban.  
 «Decide la cuestion tú»,  
 Dijo al buey el ruiseñor;  
 Y metiéndose á censor,  
 Habló el buey y dijo: *Mu*.

## INSCRIPCIONES.

Recordando el mérito de la difunta Marquesa de Santa Cruz, con motivo de las bellas obras de su mano que se expusieron en la Real Academia de San Fernando.

En pintar tan extremada,  
 Como bella en su figura,  
 Era la mejor pintora,  
 Y era la mejor pintura.

Al busto de su amigo don Francisco Solano, cuya actitud es estar mirando con intrepidez.

¿Qué estás mirando?— El nimen de la gloria.  
 ¿Qué le pides?— La muerte ó la victoria.

Al busto de la señora Rita Luna, en calidad de trágica.

Si algun mortal tan insensible vive  
 Que de esa tu expresion siendo testigo,  
 Dolor igual al tuyo no recibe,  
 No le pidas al cielo otro castigo  
 Más que el mismo rigor que le prohibe  
 El dulce bien de suspirar contigo.

(1) Se hizo contra quien, sin nociones de gusto, criticaba lo que no entendia.

Al busto del célebre Carlos Fox. (Traducida del inglés.)

Pisó las sendas gloriosas  
 Del patrio amor más constante,  
 Siempre sereno el semblante  
 Entre borrascas facciosas;  
 Nadie sin admiracion  
 Fué de sus luces testigo,  
 Y nadie sin serle amigo  
 Conoció su corazon.

AL DUQUE DE ALBURQUERQUE,  
 muerto en Inglaterra de una pasion de ánimo originada de su propio pundonor.

## EPITAFIO.

Grande en la cuna y en la lid valiente,  
 En Talavera, en Alcabon glorioso;  
 Fué en las puertas de Alcides al torrente  
 Del galo audaz antemural dichoso;  
 Y viendo al fin que con maligno diente  
 Se acercaba la envidia al lauro hermoso  
 Que en su frente el honor dejó enlazado,  
 Murió con sólo imaginario ajado.

Para los arcos triunfales preparados por la heroica villa de Madrid para celebrar la entrada de S. M. á su vuelta de Francia.

*Sobre el arco de enmedio, que era imitacion del de Tito en Roma.— Inscricion en prosa.*

¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando!  
 Elegiste el cautiverio, y abandonar tu cuello inocento  
 A la cuchilla de un verdugo,  
 Antes que derramar la sangre de tu indefenso pueblo.  
 Pero de éste la prodigiosa constancia  
 Fatigó á la ambicion misma.  
 Desmayaron los brazos del atónito tirano.  
 Madrid decora con el arco triunfal de Tito el camino  
 De tu libertad.  
 Entra, y descansa en el trono de tus mayores.

*Sobre el de la derecha.*

Tiniebla y luz á un tiempo no es posible,  
 Ni estar vicio y virtud al par reinando:  
 Cayó Napoleon, cometa horrible,  
 Y álzase y brilla el astro de Fernando.

*Sobre el de la izquierda.*

Hijos, haciendas, leyes y exenciones,  
 Todo nos lo robó la tiranía;  
 Mas robar no logró los corazones,  
 Y allí Fernando oculto residia.

*Sobre otro arco junto á la casa de Villa; en nombre del Ayuntamiento.*

La cabeza del pueblo que fué osado  
 A insultar al tirano en su victoria,  
 Hoy rinde á su monarca recobrado  
 Homenaje de amor y eterna gloria.

En una de las rejas de la casa del Excelentísimo señor Duque de Alagon.

Ni al nacer más deseado,  
 Ni al vivir más perseguido,  
 Ni á más precio rescatado,  
 Cual tú, Fernando adorado,  
 Principe en el mundo ha habido.  
 Sol eres, que al despuntar,  
 En un mar de llanto un día  
 España te vió eclipsar,  
 Y hoy vuelve á verte entre un mar  
 De lágrimas de alegría.



Al busto de la Reina doña Isabel de Braganza, en la casa de expósitos, de la cual era protectora.

Miradla, es Isabel : aquí fué madre  
La que en dos mundos Reina : aquí mil veces,  
De la orfandad oyendo los clamores,  
Llegó á su cuna y la cubrió de flores.

En las exequias de la Reina doña Isabel de Braganza.

1.<sup>a</sup>

Pura como la luz Isabel bella,  
Volvióse al astro de quien fué centella;  
Quien imitáre su inocente vida,  
Llórela ausente, pero no perdida.

2.<sup>a</sup>

De una piadosa Reina á los despojos  
Se alza ese luctuoso monumento;  
Que aún pudieran gozarla nuestros ojos,  
Si no nos la encubriera el firmamento.

3.<sup>a</sup>

En el atrio de la iglesia.

Hoy el dolor de un rey el templo santo,  
En honra de Isabel, cubre de luto;  
Vén, pueblo, á dar á la que amaste tanto  
Un triste adios por último tributo.

Sobre los arcos triunfales con que fué recibida la Reina doña María Amalia de Sajonia á su primera entrada en Madrid.

EN LA PUERTA DE ATOCHA.

Su dicha y tu triunfo Madrid aclamando,  
Por medio estos arcos, excelsa María,  
Tus pasos gloriosos solicito guía  
Al trono que amante te brinda Fernando.

ARCO DE LA CALLE DE ALCALÁ.

Del alto Olimpo descienden  
Mercurio y Minerva sábia  
A pedir que en Madrid sea  
Nuestra joven soberana  
Madre del comercio y ciencias,  
Al par que lo es de las Gracias.

En la derecha.

Bella, bondosa y en edad florida,  
Llena de gracia y de piadoso anhelo,  
Sí, la virtud que se lloró perdida  
En nueva imágen nos devuelve el cielo.

En la izquierda.

Los días de amargura ya pasados,  
Los soles de alegría son venidos;  
Volveis á esperar gracia, ¡oh desgraciados!  
Volveis á tener madre, ¡oh desvalidos!

En el reverso del mismo.

Para el más alto trofeo  
Tu antorcha enciende, Himeneo,  
Dos almas reales dichosas  
Hoy ceden á tus ardores;  
Preven guirnalda de rosas,  
Dispon conciertos de amores.

En la derecha.

En borrascoso mar el iris brilla;  
Cesan luto y horror, sonríe el cielo;  
De igual serenidad, gozo y consuelo  
El astro de Sajonia es á Castilla.

En la izquierda.

Con justo aplauso á venerarse vuelva  
En Manzanáres la deidad del Elba;  
La gratitud de España la corona,  
Que aún no ha olvidado la virtud sajona.

ARCO DE LA VILLA.

Sirve de triunfal corona,  
Arco, á la augusta sajona;

Que si al alto cielo agrada  
El voto que te ha elevado,  
Tú le servirás de entrada  
Al más glorioso reinado.

Reverso del mismo.

Pon ya fin á tu carrera,  
Reina amable, y considera  
Que si vacilante estuvo  
Ese trono que allí ves,  
La lealtad lo mantuvo  
Para rendirlo á tus piés.

Sobre una fuente.

Fuente que al pobre mantienes,  
Dulce, pura y abundosa,  
No eres sola en hacer bienes;  
Pues la rival más hermosa  
Desde hoy en la Reina tienes.

En el túmulo erigido por la Duquesa de Benavente á su difunta hija la Marquesa de C.

Dios solo es grande; la grandeza humana  
De Josefa Giron ya es sombra vana.  
Desde esta tumba con dolor profundo  
La ofrece á Dios quien la produjo al mundo.  
Cuénteles el cielo en méritos de gloria  
Las prendas que hacen grata su memoria.

En el sepulcro de los amantes del Rey que salieron á recibir á las tropas realistas y fueron degollados por los revolucionarios en el camino de Alcalá.

EPITAFIO.

¡Ay de nosotros, que en aciago día  
Fieles la insignia á saludar volamos  
De religión y rey! Fiera anarquía  
Con inclemente espada nos inmola,  
Y esta espada ¡qué horror! era española.

En los arcos erigidos para recibir á sus majestades y altezas de vuelta á su corte y trono. Año de 1823.

EN EL ARCO DE LA PUERTA DE ATOCHA.

En la fachada que mira al camino.

Triunfante de enemigos desleales  
Hoy vuelve el Rey á su glorioso centro;  
Salgan los corazones á su encuentro,  
Y huya el que no le amó de estos umbrales.

En la que mira á Madrid.

Cual volaron las hojas de este prado,  
Del cierzo al soplo, ajados sus verdoros,  
Tal de nosotros huyan los rencores  
Al dulce aspecto del monarca amado.

EN EL ARCO GRANDE

ERIGIDO EN LA CALLE DE ALCALÁ.

Sobre el arco principal.

Ya llega el que, de reyes descendiendo,  
De rodilla en rodilla,  
Nació á ser soberano de Castilla.  
Volad, ingratos, rodead su trono;  
Que es muy dulce en su labio un «Yo os perdono.»

Hacia la puerta del Sol.

Vuelve á unirnos en paz, lazo precioso  
De Fernando y Amalia,  
En bien de Iberia y gloria de la Galia.  
La rebelion vencida  
Sea el último conflicto de su vida.

LÁPIDAS DEL PRIMER FRENTE.

A la Reina.

No movieron tus virtudes,  
Dulce Amalia, al bando leve;  
Mas el cielo al fin se mueve,  
Y sus gracias venturosas

El real cetro Angulema da á sus manos,  
Y los grillos del Rey á sus tiranos.

EN LA IMPRENTA REAL.

En los fastos del tiempo, en letras de oro  
Brilla, día feliz, en que la imprenta  
Cesa de ser puñal y arma sangrienta  
De vil calumnia y público desdoro.  
Ya sirviendo á las ciencias y al buen gusto,  
Se somete á tu ley, Fernando augusto.

EN EL ARCO DEL AYUNTAMIENTO.

Al reverso.

Vuelve al pueblo que ausente te ha llorado,  
Y ojalá en él, Fernando, te eternices.  
Harto la adversidad nos ha probado  
Que no podemos ser sin tí felices.

En los arcos triunfales á la entrada en la capital de Su Majestad la reina Cristina.

EN LA PUERTA DE ATOCHA.

I.

Del astro nuevo ante los rayos de oro  
La paz enfrena á las civiles furias,  
La abundancia promete su tesoro,  
Y la fecundidad Príncipe á Asturias.

II.

Cristina llega, el público entusiasmo  
Aclama de su Rey la dulce esposa.  
¡Mas ay! los ojos gozan de otro pasmo;  
La buscan Reina, y se la encuentran diosa.

En las cuatro caras de un templete de Himeneo, erigido en el Prado.

INSCRIPCIONES.

I.

Aquí Himeneo ha erigido  
El templo que os embelesa,  
Al enlace esclarecido  
Del Monarca más querido  
Y la más bella Princesa.

II.

Como entre nubes estrella  
En lo azul del cielo brilla,  
Así Cristina descuella,  
Y así luce en su sien bella  
La corona de Castilla.

III.

Son sus gracias verdaderas  
Gentileza y juventud;  
Pero son más hechiceras,  
Por llevar por compañeras  
La modestia y la virtud.

IV.

Gloria á la preciosa union  
De auspicios felices llena;  
Que junta en solo un blason  
De Nápoles la sirena  
Y de Castilla el leon.

En el arco Constantino levantado en la calle de Alcalá.

I.

Alta mole triunfal bella y robusta,  
Cesa de recordar fiera victoria,  
Y alza tu frente aquí con nueva gloria  
Abriendo paso á la familia augusta,  
Que vió salir Parténope llorando;  
Y hoy, en nuestros hogares peregrina,  
Prenda nos deja en la inclita Cristina,  
Que hará feliz á Iberia y á Fernando.

A tus lágrimas hermosas  
Solamente se les debe.

A los Infantes.

En fortunas y conflictos,  
Siempre á vuestro rey adictos,  
Seréis, infantes hispanos,  
En fidelidad y amor  
Grande ejemplo á los hermanos,  
Y á los vasallos mayor.

A Luis XVIII.

Lo que nunca acabar pudo  
De familia el regio nudo,  
Hoy confirman tus trofeos;  
Pues tu gran favor obliga  
A que todo español diga:  
«Gran Rey, ya no hay Pirineos.»

Al agosto Duque.

Sólo en tí, excelso Angulema,  
Cabe la ventura extrema  
De restituir con gloria  
A su prole un padre amado,  
Y tráerselo sentado  
En el carro de victoria.

LÁPIDAS DEL SEGUNDO FRENTE.

A los reales esposos.

¡Oh reyes! en nuestro pecho  
Mandad siempre en tierna union.  
De Fernando es el derecho  
De ejercer recta justicia,  
Y de Amalia la delicia  
De alcanzarnos el perdon.

Al ejército frances.

Id, valientes militares;  
Contad en vuestros hogares  
Que si vuestros triunfos bellos  
Nos dieron rey y quietud,  
Nos dejais tambien con ellos  
Ejemplos de gran virtud.

A la patria.

Deja el luto, cese el llanto,  
Dulce patria, y vuelve al canto;  
No de aquel horrible són  
Que la sangre nos helaba;  
Sino el himno con que alaba  
A Fernando el corazón.

A los realistas españoles.

¡Qué bien sientan los laureles  
En la frente de los fieles,  
Que á su buen rey aclamando,  
Fueron bravos en la lid!  
Cuando hay reyes cual Fernando,  
Hay soldados como el Cid.

SOBRE LAS ESTATUAS  
COLOCADAS DENTRO DEL ARCO PRINCIPAL.

Marte.

No siempre con sangre pago,  
Ni á mi carro sigue estrago,  
Luto y desesperacion;  
Sino que la paz le guia,  
Y en pos lleva la alegría  
Cuando en él sube un Borbon.

Ceres.

Pagad tributo á los reyes,  
Guardad al campo sus leyes,  
Premiad del pobre el sudor;  
Y coronada de espigas,  
Seré grata á las fatigas  
Del celoso agricultor.

EN LA PLAZA REAL.

El brazo poderoso al oprimido  
Se enlaza, y los malvados se estremecen.  
Del gran Luis Fernando es socorrido.



## II.

Gloria y virtud hoy logran por trofeo  
La diadema en el ara de Himeneo;  
Llega, amable Cristina,  
La mano que te ornó con tales dones,  
Al galardón debido te encamina;  
Llega, que nuestros fieles corazones  
Te esperan para abrirse á la alegría,  
Como las flores el nacer del día.

Al pié del balcón de orquesta formado en las gradas de San Felipe el Real.

En Nápoles Princesa, fué querida;  
Como Reina en Madrid, será adorada.

En la fachada de la Real imprenta.

Jóven, bondadosa y bella,  
Luce ya de Perténope la estrella;  
Buriles y pinceles  
Pintad, si habeis de darnos sus facciones,  
Las tres Gracias en una, y seréis fieles;  
Mas la amable bondad de sus acciones,  
Hacer patente, y retratar su alma.....  
La imprenta sola alcanzará esta palma.

En el nacimiento de la serenísima Infanta doña María Luisa Fernanda, hija segunda de Sus Majestades (1832).

Gloria al oriente de la excelsa Luisa,  
Nueva esperanza del ibero solio;  
Mírela el cielo con feliz sonrisa,  
Mezcan su cuna derramando flores  
Gracias y amores.

## MADRIGALES.

## I.

La Reina doña Isabel de Braganza, aplicando á la prensa su real mano, sacó estampado el siguiente

## MADRIGAL.

Aunque de negra tinta concebidas,  
Y de la prensa en el afán nacidas,  
Las letras que aquí estamos  
La suerte de las rosas no envidiamos.  
Si á ellas el sol les da matices rojos,  
Mejor es nuestra estrella  
En ver por primer luz la de los ojos  
De la augusta Isabel, bondosa y bella.

## II.

Á una dama enferma, despues de haber acompañado á su marido á campaña.

Pues diste, bella enemiga,  
Tu tierno pecho á las balas,  
Si marchitó la fatiga  
De tu hermosura las galas,  
Es que Vénus te castiga  
De haber imitado á Pálas.  
Pero al cabo la alegría  
Volverá á tu hermoso cielo;  
Pues por su interés un día  
Dirá Vénus: «En el suelo  
¡Cómo habrá una efígie mia,  
Si yo rompo este modelo!»

## COMPOSICIONES VARIAS.

## I.

## LA DESPEDIDA DE SILVIA.

Ya llegó el instante fiero,  
Silvia, de mi despedida,  
Pues ya anuncia mi partida  
Con estrépito el cañón;  
A darte el adiós postrero  
Llega ya tu tierno amante,  
Lleno de llanto el semblante  
Y de angustia el corazón.

Llega tú, objeto divino,  
Tiéndeme los brazos bellos;  
Que si logro yo que en ellos  
Dulce acogida me des,  
No conseguiré el destino  
El golpe que quiere darme,  
Porque antes de separarme  
Me verá muerto á tus piés.

¡Oh! si las pasiones nuestras  
Fueran de igual violencia,  
El dolor de nuestra ausencia  
Se partiera entre los dos;  
Mas tú un semblante me muestras  
Indiferente ó contento,  
Cuando yo no tengo aliento  
Ni aún para decirte adiós.

Murmurando un manso río  
Baña el prado con sosiego,  
Y por fruto de su riego  
Bellas flores ve brotar;  
Tú en silencio, llanto mio,  
Mi afligido pecho bañas,  
Y de Silvia las entrañas  
No consigues ablandar.

Mas ¿qué dices, Silvia mia,  
Con ese tierno suspiro?  
¿Por qué entre lágrimas miro  
Tus ojos resplandecer,  
Cual nube que en claro día  
Opuesta al sol se deshace,  
Y el sol con sus rayos hace  
Brillar el agua al caer?

¿En mí los lánguidos ojos  
Fijas con tanta ternura?  
¿Sin faltarle la hermosura  
Falta á tu rostro el color?  
¿Vas á abrir los labios rojos,  
Y el sentimiento los sella?  
¿Que en tí haya de ser tan bella  
Aun la imágen del dolor!

¡Insensato! yo pensaba  
Que la amarga pena mia  
Algun alivio tendria  
Si tú penáras tambien;  
Al error que me engañaba  
Concede, Silvia, el perdón;  
Ya siento más tu aflicción  
Que antes sentí tu desden.

Bien mio, por Dios te ruego,  
Serena el triste quebranto;  
No vale tan bello llanto  
Cuanto el mundo encierra en sí.  
Pasen por tí con sosiego  
De amor las horas serenas,  
Y aquellas de angustias llenas  
Que se detengan en mí;

En mí, miserable y triste,  
Por el cielo destinado

Para soportar del hado  
La bárbara crueldad;  
No en tí, que hermosa naciste,  
Llena de un poder divino,  
Para tener el destino  
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,  
Mientras que mi ausencia llores,  
De encontrar mil amadores  
Más de tu gusto que yo.  
Otro á quien dispense el cielo  
La fortuna de agradarte;  
Pero otro que sepa amarte  
Como yo te amo, eso no!

No me enamoró tu trato,  
Ni tu semblante perfecto,  
Sino un simpático afecto  
Que tal vez nació con él.  
Yo me figuré un retrato  
De las gracias verdaderas,  
Y conocí que tú eras  
El original de aquél.

No suele, en tierra caído,  
Tan turbado é indeciso  
A un relámpago improviso  
El caminante quedar,  
Como yo de amor perdido  
Al mirar tu bello rostro,  
Pues luego á tus piés me postro  
Y te adoro á mi pesar.

Mas yo parto.... ¡ay Dios! mis penas  
En la explicación no caben;  
Los cielos solos las saben,  
Que el fondo del alma ven,  
Y vieron las horas llenas  
De deliciosos recreos  
Que colmaron mis deseos  
En los brazos de mi bien.....

Ya las aguas blandamente  
Mueve afable ventolina,  
Y de la gente marina  
Se oye la confusa voz;  
Ya del ancla el corvo diente  
Del fondo tenaz retiran:  
Todos á darme conspiran  
Una muerte más veloz.

Ya con planta vacilante  
Piso la débil barquilla,  
Pronta á abandonar la orilla  
Y llevarme al gran bajel.  
Silvia, á tu infeliz amante,  
En los últimos momentos,  
¡Qué funestos pensamientos  
No le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite  
Con que pagas mis ternezas,  
Se me acuerdan tus finezas,  
Tu cariño bien lo sé:  
No hay prueba que no acredite  
Tu pasión en mi presencia;  
Pero ¿quién sabe en la ausencia  
Si sabrás guardarme fe?

Ese atractivo divino,  
De mi sumo bien origen,  
Tal vez los hados lo eligen  
Por principio de mi mal;  
Y mientras yo, ausente y fino,  
Mi perdida prenda lloro,  
Los encantos que yo adoro  
Gozará un feliz rival.

No, mi bien; no, gloria mia,  
¡Oh! no se lleven los vientos  
Esos tiernos juramentos

Que el universo envidió:  
«Venzamos la tiranía  
Del tiempo y de la distancia  
Con la invariable constancia  
Del lazo que nos unió.»

Al salir el sol brillante,  
Al poner sus luces bellas,  
Al nacer luna y estrellas,  
Estaré pensando en tí:  
No me apartaré un instante  
De esta idea encantadora;  
Y tú entre tanto, traidora,  
Ni aún te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento,  
Engolfado en esos mares,  
Reparará los lugares  
Donde contigo me vi:  
Entonces mi sentimiento  
Hará sensibles los bronces;  
Tú, más que ellos dura, entonces  
Ni aún te acordarás de mí.

Aquí vi sus perfecciones,  
Allá la juré mi dueño,  
Allí con labio halagüeño  
Me dió el venturoso sí.  
Tal vez estas reflexiones  
Harán que el dolor me acabe;  
Y tú entre tanto, ¿quién sabe  
Si te acordarás de mí!

Llamaré instante de gloria  
Aquel en que vi tu gracia,  
Y origen de mi desgracia  
El punto en que la perdí:  
Mil veces esta memoria  
Me hará renovar el llanto;  
Y tú, ¿quién sabe entre tanto  
Si te acordarás de mí!

Quando sólo se estén viendo  
En el cielo las señales  
Con que asusta á los mortales  
El supremo Criador,  
Oigase el tronar horrendo  
En las cavernas más hondas,  
Y del mar las turbias ondas  
Se levanten con furor;

Quando, impelido del Noto,  
El soberbio mar Tirreno  
Quiera desde su hondo seno  
Las estrellas asaltar,  
Y emplee el triste piloto  
En vez de la ciencia el ruego,  
Viendo ser su nave el juego  
De la cólera del mar;

Entre los roncós clamores  
De gente que atribulada  
Ante sus ojos la espada  
De la muerte ve lucir,  
Yo haré que de mis amores  
Tan negro horror se despida,  
Y ¡adios, Silvia de mi vida!  
Se oirá en los vientos gemir.

## II.

## LAS QUEJAS.

## ENDECHAS.

Llanto infeliz, que sólo  
De dulce y lisonjero  
Tienes la amable causa  
Por quien te estoy vertiendo;  
Llanto infeliz, que á fuerza  
De humedecer mi seno,  
Ves cuán inútil eres